

un solecismo en cada página, vaya; pero cinco en menos de quatro renglones, no puede ser. En el Castellano tampoco hay cosa con cosa: y pocas cláusulas se encuentran donde no haya, ò impropiedad de la voz, ò de la frase, ò mala colocacion, ò yerro en el genero, ò en la conjugacion, &c.

Resulta asimismo que ningun Escritor hasta ahora pecó, ni tan enormemente, ni tan freqüentemente contra el precepto mas esencial de la Critica, que es de referir con legalidad, asi las doctrinas que se impugnan, como las que se alegan. En su Prólogo ofreció el Sr. Mañér ser exácto en esta materia; pero viendole faltar à lo ofrecido casi en cada página, y en cada número, parece ser que aquella promesa no miró mas que à preocupar falazmente al lector, para gozar, abusando de su buena fe, una libertad sin limites en corromper mis pasages, y suponer muchas veces los que no hay en los Autores que cita.

Item resulta, que aquella capa de modestia con que salió el Sr. Mañér embozado eu el Prólogo, se tiró luego al suelo para ajarme con modos insultantes en todo el discurso de la obra. De donde puede colegirse, que aquella pro-texta *venéro las lineas con toda la reverencia que se merece el pincél*, no debe entenderse como una sincera exposicion del ánimo, sino como una expresion irrisoria, donde transparentandose el velo de la ironía, salta à los ojos el desprecio.

Resulta en fin, que mis lectores tienen, en vista de este escrito, un motivo nuevo y mas eficaz que todos los antecedentes, para desconfiar enteramente de las reconvençiones que me hacen mis contrarios. Sobre que les repito, y recomiendo nuevamente y con mayor instancia lo que les dixé en el Prólogo del tercer Tomo, desde el núm. 66, hasta el 68 inclusivè.

F I N.

APO-

APOLOGIA DEL SCEPTICISMO MEDICO,

ESCRITA POR EL RMO. P. M.

FR. BENITO GERONIMO FEIJOO,

BENEDICTINO,

Catedrático de Teología en la Uuiversidad de Oviedo, &c.

Videte ne quis vos decipiat per Philosophiam, & inanem fallaciam. *Pauli ad Colossens. cap. 2.*

EStos dias llegó à mis manos un libro intitulado: *Gentivela Médico-Aristotélica contra Scépticos*, su Autor Don Bernardo Lopez de Araujo y Ascárraga; cuyo intento es impugnar el que se intitula: *Medicina Scéptica*, escrito por el Dr. D. Martin Martinez, uno y otro Médicos de los Reales Hospitales de la Corte; y el Dr. Martinez tambien Honorario de su Mag. en su Real familia, y Sócio de la Academia de Sevilla.

2 Habia yo leído la Medicina Scéptica y algun otro escrito del Dr. Martinez, admirando (como creo les sucede à todos los que han estudiado algo) el sutilísimo ingenio, solidísimo juicio, y admirable erudicion de este Autor, prendas à que junta en grado ventajoso la elegancia, claridad, y gracia en el estilo. Viendo, pues, ahora en la Obra de su antagonista (que verdaderamente mas es antípoda suyo en las dotes del espíritu, que en las opiniones de la Escuela) todo lo contrario, apenas pude contener mi admiracion de que ingenios pigmeos se empeñen en combatir gigantes.

To-

3 Todo aquel libro es un tejido de dicterios, atribuyendo al Dr. Martinez los epitetos de *necio, loco, ignorante*, y otros igualmente decorosos en cada página (lo que à mí me servirá de disculpa, si contra mi genio, y costumbre tratáre con alguna aspereza à Araujo en este escrito). Y no menos se nota à cada paso la ineptitud de los argumentos, que aun no arriban à paralogismos: continuacion de supuestos falsos en la doctrina del Autor impugnado: ignorancia grande de la misma Escuela que defiende: digresiones lexos del intento: citas fuera del asunto: afectacion pueril de una erudicion trivial, trayendo con violencia lo mas vulgarizado de las Poliantéas: el estilo baxo, aunque con inútiles esfuerzos de culto quiere tal vez levantarle del suelo: las voces impropias, el método desordenado, y la expresion embarazada y confusa.

4 Notable es el daño, que en la República Literaria ocasionan semejantes impugnaciones, sirviendo de embarazo para sus adelantamientos à los hombres doctos à quienes se oponen; los quales en sacudirse de estos despreciables estorvos, desperdician parte del tiempo que utilmente consumirían en enriquecer el Orbe con otros escritos: asi como à un exercito arreglado le retardan marchas, y atrasan operaciones las repetidas invasiones de desordenados voluntarios, aunque tan inferiores en las fuerzas: y por otra parte llenan de errores à la ignorante juventud, la qual desnuda aun de capacidad para decidir de la calidad de los libros, prefiere freqüentemente à las fuentes claras de doctrina estos inmundos charcos, con cuyo cenagoso licor se obstruyen de tal calidad las mentales vias, que no hay despues aperientes eficaces para limpiarlas, haciendose cada día el mal mas irremediable por mas envejecido.

5 Demás de este gravísimo daño que à todos toca, funda la Obra de Araujo un particular resentimiento à los que seguimos la Escuela Aristotélica, viendo tan mal defendida en ella la doctrina de nuestro Maestro, que quien no se instruyere por otros libros de los fundamentos que hay para seguir à Aristóteles, con preferencia à otros Filósofos, dará sin duda la sentencia à favor de estos; sucediendo à este

este Autor lo que al mal Abogado, que hace perder la hacienda à la parte que tenia mejor causa.

6 No discorro que moviese à Araujo para este arrojito alguna pasion de envidia à los aplausos que el Dr. Martinez logra entre los eruditos, por mas que la amarguísima hiel, y destemplanza de dicterios con que escribe, lo arguya, siendo estas las señas que dio Ovidio de aquel villano afecto: *Pectora felle virent, lingua est suffusa veneno*. Met. lib. 2; sino la ansia de hacerse famoso, impugnando à un hombre celebrado: medio iniquo, que para conseguir gloria mucho ha tenia inventado la malicia, y que logra felizmente no pocas veces, por lo menos en aquel poco tiempo que tardan los sabios, que son pocos, en desengañar à los ignorantes, que son muchos.

7 Pero haya sido el que se quisiere el motivo, vamos à la Obra. Lo primero que en ella nóto, es, que el Autor faltó enteramente à la promesa, y al intento. Habia ofrecido en el Prólogo atacar el libro del Dr. Martinez, y defender la doctrina Aristotélica. Ni uno, ni otro hace, ni aun lo emprende: pues solo se estrecha à las nueve hojas de la Introduccion de Martinez, en las quales ninguna doctrina particular de Aristóteles se impugna: solo se expone el asunto y el modo de tratarle: explica el Hipocrático, en qué sentido se aplica al epítopo de Scéptico, y discurre por los varios capitulos por donde puede errarse el juicio físico de las cosas, que se funda en las especies sensibles. En los varios Diálogos que componen el cuerpo de la Obra de Martinez, hay muchos y terribles argumentos contra las doctrinas Aristotélicas que se van tocando en ellos. Aqui no llegó, ni aun à darles vista siquiera Araujo, contentandose con ir puerilmente glosando la Introduccion. Y así cumplió tan exáctamente con la obligacion en que se puso, como cumpliera un Capitan empeñado en la conquista de alguna Ciudad, si no hiciera mas que registrar de lexos los muros, y dar una vuelta por el campo. Este libro, pues, podria darle alguna reputacion al Autor con aquellos lectores que solo son capaces de entender y decir que Araujo sacó à luz un libro contra la *Medicina Scéptica* de Martinez (y acaso no pre-

pretendió otra cosa que el que sonase esto entre los ignorantes para hacer algun ruido en el mundo). Pero los inteligentes dirán que este libro ni es impugnacion de la Medicina Scéptica, ni defensa de la doctrina de Aristóteles, sino un fárrago inútil sin proposito alguno; y si les preguntan, ¿qué hizo en él su Autor? responderán bien, que sacó la espada y no hizo nada.

8 En todo el discurso de la Obra reyna un falso supuesto (defecto capital y transcendental de toda ella), que es la atribucion del Scepticismo en su mayor rigor, y en toda la extension posible al Dr. Martinez. Este habia señalado à su Scepticismo límites bien estrechos, ciñendo sus dudas al asunto de aquellas disputas puramente físicas, que hoy tienen divididas las Escuelas. Araujo quiere hacerle cargo, y se le hace à cada paso, de una duda ò suspension de asenso generalísima àcia todos los objetos, qual la profesaron los rigurosos Scépticos ò Pirrhonianos. Ser aquella la mente del Dr. Martinez, se ve con evidencia en toda su Obra. Que funda en esta suposicion falsa la suya Araujo se palpa con la misma claridad en toda ella. ¿Pues adónde estamos? ¿Cómo hay osadía para una calumnia tan clara y tan sangrienta?

9 En este supuesto falso funda aquel ridiculo argumento que importunamente repite sobre qualquiera cosa que el Dr. Martinez afirma: *O el Dr. Martinez conoce que es así como lo afirma, ò no. Si no lo conoce, ¿por qué lo dice? Y si lo conoce, luego no es Scéptico; porque los Scépticos dudan de todo.* Y lo mejor es, que luego triunfa como si le hubiera cogido en una contradiccion notoria. Y no menos infeliz que en los argumentos que propone, lo es en las autoridades que cita, las quales siendo todas contra los rigurosos Scépticos, ninguna viene contra el Dr. Martinez. ¿Qué dolor es que con estos extravíos se ocupen las prensas!

10 En este falso supuesto funda aquella graciosa invectiva del numero catorce, probando que la secta Scéptica se opone à la Religion Católica: como si esto se lo negára nadie, de la Scéptica tomada en toda la latitud posible. Pero si el Dr. Martinez no profesa esa Scéptica, todo lo que amon-

tona à ese intento, no es del caso. Y si la profesa, y en su escrito lo manifiesta, debió delatarle al Santo Tribunal, y escusar à los lectores la risa que precisamente les ha de saltar à borbotones, quando vean la incongruidad y extravagancia con que en aquel parrafo zurce el principio del *Símbolo de S. Atanasio: lo que le preguntan al que quiere bautizarse, y lo que este responde; cuántas partes tiene la Doctrina Christiana, &c.*

11 Que el Scepticismo del Dr. Martinez no sale del recinto de la Física, consta con evidencia no solo de la Introduccion, mas de todo el cuerpo de la Obra: pues todas sus dudas terminan en materias físicas, en las quales basta para justificar la suspension del asenso la porfiada discordia de las Escuelas; ¿y quién negará que es este un proceder racionalísimo? Si alguno de los partidos que batallan, tuviera à su favor algun argumento concluyente, ya se hubiera hecho dueño del campo, y cesaría la disputa. Y pues ninguno le tiene, ¿por qué no podrá quedarse neutral el entendimiento, por no arriesgarse al error en qualquiera partido que abraza? Yo hallo que en esta materia los miedos son propios de los mas generosos espíritus: y entendimientos prontos à abrazar con invencible adherencia conclusiones disputables, son ligeros ò temerarios; si no es que digamos (y acaso con razon) que por sus escasas luces pueden ver los fundamentos propios que están cercanos, pero no los ajenos, si no es con mucha confusion, por mas distantes. Y de aqui nace aquel reprehensible desprecio de las opiniones contrarias, que se ha hecho tanto lugar en las Escuelas.

12 El Divino Valles favorece el Scepticismo del Dr. Martinez en el mismo lugar que Araujo cita para impugnarle. Tan ciego va este Autor, que no advierte que se degüella con las mismas armas que saca à la batalla. Vuelva à leerle, que estas son sus palabras: *Eorum verò quæ in opinione versantur, cujusmodi sunt omnia física problemata, constat, nullum prorsus sciri posse, quia, si quodpiam illorum sciretur, accederet scientia, tolleretur omnis opinio, sublata omni obscuritate, & incertitudine, quæ non possunt abesse ab opinione. Non solum autem non est hactenus com-*

parata scientia physicarum assertionum, sed ne comparari quidem potest, quia physicus non abstrahit à materia; materialium verò notitia, cum pertineat ad sensus, non potest ultra opinionem procedere. Scientia enim est universalium, & intelligibilium. Itaque physicus, quantumvis laboret, non potest suarum theson scientiam comparare.

13 Veá Araujo si Martínez dice mas que Valles. Y vea si la criminalísima conseqüencia que hace contra Martínez, de que la Física no es ciencia, no está anticipadamente concedida con toda claridad por Valles. Y para que ni à Araujo, ni à otro alguno quede duda de que Valles fue en las cosas físicas tan Scéptico como Martínez, lea al principio del mismo capítulo 46 de su Filosofía Sacra esta sentencia definitiva suya: *Homines, quantumvis studio Philosophia insudent, fieri non potest, ut aliquando inveniunt rationes, & causas eorum, quæ fiunt sub sole; sed necesse est, ut in earum investigatione, dum sunt in tenebris sensuum horum, plus, aut minus albucentur, & de his etiam, quæ sibi videntur probabilissima, nisi se ipsos velint fallere, dubitent.*

14 Aun en las materias físicas no es absoluto y general el Scepticismo del Dr. Martínez, pues concede el conocimiento claro seguro y cierto de muchas verdades, negando solo que ese conocimiento sea científico, ò demostrativo (que es lo mismo que dice Valles), y así aun dentro del ámbito de las cosas sensibles dista infinito de los Pirrhoneanos. Lea el Dr. Araujo otra vez en la Introducción de Martínez aquellas palabras del Hipocrático, que es quien representa su persona: *No es el ánimo de los prudentes Scépticos negar que hay verdades (como Pirrhon, que llegó à tal estado de demencia, que no se apartaba, aunque viesse venir un caballo corriendo), sino negar que haya ciencia física de ellas.* ¿Adónde tenía, no digo el entendimiento, sino el sentido común Araujo, quando leyó esto? ¿Cómo trata de Pirrhoneano al Dr. Martínez, quando él se aparta tanto de Pirrhon? ¿Cómo le hace cargo de un Scepticismo universal, quando él le ciñe à tan estrechos límites? Y así efectivamente todo el libro de Araujo es una continuada impertinencia sin substancia: todos sus argumentos, y citas cuchilladas al ayre,

ayre, ò à un fantasma de Pirron que fabricó su imaginativa.

15 Para mayor demostracion de esta verdad (si cabe mayor) transcribiré otras palabras del Hipocrático, y el donoso argumento que sobre ellas forma Araujo. Dice así el Hipocrático en la misma Introducción: *En lo físico nos ha concedido Dios el uso de algunas verdades: pero nos ha ocultado el íntimo conocimiento de ellas, que presume tener la arrogancia dogmática. Sabemos que el fuego quema, que la luz alumbra, que el opio adormece; pero cómo bagan esto no nos es concedido penetrarlo.* Entra aquí Araujo, y como si cogiera à su contrario en una implicacion manifiesta le arguye así: *Pregunto: O sabe que el fuego quema, ò no: si dice que sí, yá sabe algo en lo físico; si dice que no, ¿para qué dice que lo sabe?* Y prosigue: *De aquí se sigue, que el Scepticismo queda destruido por sus propias razones.*

16 ¡Notable equivocacion de hombre! Si el Dr. Martínez le ha dicho con tanta claridad, así en las palabras que poco ha cité, como en las antecedentes, y en otros infinitos lugares, en qué sentido es Scéptico, y en qué sentido no: qué verdades se pueden alcanzar en la Física, y cuáles son impenetrables; ¿para qué mancha el papel con ese armatoste, que por sí mismo está desbaratado? Y este es el argumento que freqüentemente repite en varias partes del libro, y con el qual (¡hasta aquí puede llegar la vanidad!) se juzga triunfante de su contrario.

17 El Scepticismo, pues, del Dr. Martínez no alcanza à negar el conocimiento cierto de varios fenómenos, ò efectos sensibles, sino de sus causas físicas, y del íntimo modo de obrar, ò accion de ellas (y esta es puntualísimamente la sentencia que alegamos de Valles): v. g. sábese ciertamente que el ruibarbo purga; pero no con qué virtud; si es por la combinacion de las quatro primeras qualidades; si por otra qualidad tercera, distinta adequadamente de aquellas; si por la figura ò movimiento de sus particulas; si obra atrayendo, ò fermentando, &c. Sábese que la sangre circula, pero se ignora quien da el primer impulso à este

movimiento. ¿Qué virtud motriz es la suya? Si elástica, ¿cómo no se debilita en pocos años? ¿Qué fuerza contraria restituye sucesivamente al punto de su mayor vigor el elástico? ¿Cómo no se equilibran estas dos fuerzas contrarias, y se suspende del todo el movimiento, pareciendo preciso que en el mútuo encuentro haya un punto en que sea igual el impulso de los dos resortes? por cuya razon se juzga comunmente, que es imposible hallar por medio de muelles el movimiento continuo. Sabese que el opio adormece; pero se ignora tanto cómo hace este efecto, que aun se duda si es caliente ò frio, prevaleciendo ya hoy, contra el consentimiento de la antigüedad, la opinion de que es caliente.

18 Explicado el Scepticismo de este modo (pues este es el que defiende el Dr. Martinez), es claro que todo el libro de Araujo es fuera del caso, y no toca el Scepticismo de Martinez en el pelo de la ropa. Y asi puede guardar todas sus citas y argumentos, tales quales son ellos, para quando encuentre un Scéptico que dude universalmente de todo; y yo aseguro que jamás le encuentre.

19 Podrá acaso juzgarse reprehensible en el Dr. Martinez, que no preste à algunas doctrinas disputables aquel asenso probable que motiva el peso de razones en que estrivan; mayormente quando aquel peso es tal, que inclina sensiblemente la balanza del juicio mas à una parte, que à otra, que es lo que reprehende Valles en el Físico Pirrhoniano, prosiguiendo asi el lugar primero que citamos arriba, y cita Araujo: *Non tamen debet more Pyrrhonicorum dubitari de omnibus, sed probabilioribus assentiri: magna enim stupiditas est putare omnium rationum contrariarum esse parem vim; etiamsi ubi probabilis est contradictio, neutri liceat citra dubitationem assentiri.*

20 A este cargo respondo, que la Scéptica mitigada que profesa el Dr. Martinez, no estorva que dé asenso probable à muchas aserciones controvertibles. La razon es, porque el asenso probable no estorva la duda; antes necesariamente la envuelve, pues los Teólogos, con Santo Tomás, le definen: *Judicium quo intellectus assentitur uni par-*

ti contradictionis, cum formidine alterius. Y este miedo ò recelo de que la verdad se halle en la contradictoria de la conclusion à que se asiente, formalísimamente es duda. Asi lo entiende y enseña Santo Tomás 2 2, q 1 art. 4, donde hablando del asenso opinativo ò probable, dice asi: *Alio modo intellectus assentit alicui, non quia sufficienter moveatur ab objecto proprio, sed per quamdam electionem voluntariè declinans in unam partem magis quam in aliam: & si hoc quidem sit cum dubitatione, & formidine alterius partis, erit opinio.* Con que el Scepticismo, ò duda de qual de las contradictorias es verdadera, no solo no quita, antes acompaña necesariamente el asenso probable ò opinativo à una de ellas. Y asi los Teólogos probabilistas, para que la opinion probable pueda regular la operacion honesta quieren que *in praxi* se deponga la duda especulativa *circa honestatem operationis*, que consideran inseparable del asenso especulativo puramente probable, *circa licitum operationis secundum se.* Y el mismo Valles en las palabras citadas asienta esta verdad, pues dice que quando hay probabilidad por ambas sentencias opuestas, no puede darse à alguna de ellas tal asenso que excluya la duda. *Neutri licet citra dubitationem assentiri.* Y aun mas claro en las alegadas mas arriba: *Necessè est :: ut de his etiam quæ sibi videntur probabilissima, nisi se ipsos velint fallere, dubitent.* Luego el asenso probable no quita el Scepticismo: ni el ser Scéptico, ò dubitante estorva dar asenso probable à varias conclusiones: como efectivamente lo hace el Dr. Martinez, quien jamás se muestra reñido con él, sino con aquel asenso firme tenáz decisivo de algunos, y no pocos dogmáticos que desprecian como delirios las opiniones opuestas.

21 Dígame el Sr. Araujo: Quando un Autor está tan resolutoriamente fixo en la sentencia que defiende, que llama à la contradictoria desatino ò necedad, y à los que la propugnan ignorantes necios insensatos, ¿se puede decir, que da su sentencia asenso solo probable, ò opinativo? Es claro que no: pues este no tiené recelo alguno de que la contradictoria sea verdadera; condicion esencial del asenso probable.

bable, como hemos visto de Santo Tomás. Pues que hay muchos dogmáticos de este humor, es indubitable: raro secretario de la nueva Filosofía se ve, que no trate de deslumbrados barbaros y ciegos à los Aristotélicos. Y del mismo modo apenas hay Aristotélico, que no honre à los nuevos Filósofos con los epitetos de necios insensatos esúpidos, &c; siendo entre estos el mas encaprichado el mismo Dr. Araujo, hombre tan fuera de lo razonable y tan dentro de Aristóteles, que llegó à soñar canonizada la doctrina de este Filósofo por el Breve de N. SS. P. Benedicto XIII, dirigido à los Religiosos de su Orden, que empieza *Demissas preces*; siendo asi, que no se hace mencion en dicho Breve de Aristóteles ni de su doctrina. Pero de esto ya hablaremos adelante, por ver si podemos despertar al Sr. Araujo de tan extravagante sueño.

22. Contra esta especie de dogmáticos procede el Dr. Martinez, y con harta razon; quedandose él en el medio de un Scepticismo racional, pues ni de todo duda, ni à todo asiente. Cree aquellos fenómenos que la observacion y experiencia persuaden: duda de sus íntimas causas, y tal vez las juzga impenetrables, por lo menos con aquel conocimiento que puede engendrar verdadera demostracion à priori. Aun en las materias controvertidas presta no pocas veces asenso probable, inclinandose mas à una parte que à otra (y asi no tiene que reñirle Valles) como en lo del jugo nutritivo, la existencia de los espíritus animales, existencia, y movimiento de la materia sutil, y en otras muchas cosas.

23. Lo que en esta materia es mas insufrible es la temeraria pretension de que el Scepticismo moderado se oponga, ni aun por remotísimas conseqüencias, à alguno de los dogmas revelados. Supongo que nadie es tan alucinado que lo sienta asi. Es artificio vulgar de Filósofástros desnudos de razones acudir luego à que la sentencia que impugnan, es contraria à los sagrados dogmas. Qualquiera alusion ò equivocacion de voces con que colorean este asunto, les basta para engañar à los ignorantes, y poner miedo à los doc-

tos.

tos. ¿Scepticismo dixiste? Vaya al fuego: que esta es la sentencia de Pirrhon.

24. Esto me suena al chiste del Gran Tacaño, siendo niño, que aquel vecino que se llamaba *Poncio Aguirre*, solo por tener el nombre de Poncio, le llamaba *Poncio Pilato*. Espíritus superficiales y pueriles, que se dexan llevar del sonido de las voces, sin atender à la substancia de los significados, siempre se quedarán en el primer umbral de las Ciencias. Sr. Araujo, ¿qué importará que haya sido Scéptico Pirrhon, ò que lo sea el Sr. Martinez? Exámine V. md. qual Scepticismo fue el de aquél, y qual el de este. No confunda à Poncio Pilato con Poncio Aguirre.

25. Ocasionan grave daño, no solo à la Filosofia, mas aun à la Iglesia, estos hombres que temerariamente procuran interesar la doctrina revelada en sus particulares sentencias filosóficas. De esto se asen los hereges para calumniarnos de que hacemos articulos de Fé de las opiniones de la Filosofia; y con este arte persuaden à los suyos ardua y odiosa nuestra creencia. En esto se fundan algunos estrangeros, quando dicen, que en España patrocinamos con la Religion el idiotismo. Poco ha que escribió uno que son menos libres las opiniones de España, que los cuerpos en Turquía. Para que se guarde el respeto debido à lo sagrado, es menester no confundirlo con lo profano. Si alguno erigiese las habitaciones todas en Templos, sería autor de que à los Templos se perdiese la reverencia y el decoro. Jueces tiene la Iglesia para calificar quáles doctrinas son utiles, quáles perniciosas, y quáles indiferentes. Déxese à ellos la decision, y no sean perturbados los que sincéramente buscan la verdad, con otros espantajos que les opone la parcialidad y la faccion; ò tal vez la ira de los que dieron su nombre à alguna particular Escuela, ò la envidia de los que no pueden adelantar tanto.

26. Otro capitulo de acusacion en que se enfurece igualmente Araujo contra el Dr. Martinez, es el condenar éste por inútiles para la práctica de la Medicina las quëstiones teóricas que se agitan en las Escuelas. Y yo creo que nin-

O 3

gun